

# El lugar de un hombre



Ramón J. Sender

Publicada en su primera versión (1939), con el título de *El lugar de un hombre*, por la editorial Quetzal, fundada por Sender al llegar a México, la obra debía haber sido terminada poco antes de su exilio, aunque el autor había recogido materiales para ella desde hacía varios años. La novela se basa en un hecho histórico: la vuelta en 1926 a su pueblo de un hombre por cuyo asesinato se condenó a dos inocentes, que habían terminado por reconocer el inexistente crimen debido a las brutales torturas infligidas por la guardia civil consentidas por la maquinaria judicial, y que, desde 1910, fecha de su detención, habían pasado largos años en el penal. Desde entonces este asunto, que causó honda conmoción en el país y sobre el que Sender había publicado una serie de reportajes para el *El Sol* en marzo de 1926, se conoció como «El crimen de Cuenca».

# Capítulo I

## *LA CASUALIDAD DORMIDA. EL «SASO»*

En los campos comenzaba la primavera y se veían, en las eras, sobre la escarcha de algunos amaneceres helados, las «cucutes», pájaros de pecho tornasolado, alas blancas y negras. Su belleza los hacía codiciables para los muchachos, pero los cazadores los desdeñaban porque olían mal. Esos pájaros solían llegar hacia el mes de abril y venían diciendo:

*«cu-cut», «cu-cut»,  
el dos de mayo Santa Cruz.*

En esa fecha eran las fiestas. Mi pueblo tenía cinco mil habitantes. En el centro, donde vivíamos nosotros, había edificios de dos y hasta de tres plantas. A medida que se alejaban hacia las afueras iban siendo más pobres y al final se convertían en simples chozas: cuatro muros con un agujero en el techo para el humo.

El pueblo estaba dominado por una montaña cortada a cuchillo que se alzaba junto a las últimas casas. Era una rompiente natural de doscientos metros de altura en cuya cima, presidiéndolo todo, había una plataforma de granito sosteniendo una gran cruz de hierro. Esa cruz se recortaba sobre el cielo claro y protegía la aldea, según decían, contra el rayo y el pedrisco. La rompiente venía a ser un escalón socavado sin duda por la corriente del Orna, río de gran caudal, que bajaba de la montaña trompicando y produciendo una espuma azul. Ese enorme escalón seguía a lo

largo de más de quince kilómetros paralelo al río hasta verle desembocar en otro río mayor. Entre las «ripas» —era el nombre que se daba a la rompiente— y el río estaba la carretera real, que pasaba por el centro del pueblo, y entre ella y el río se extendían, a lo ancho de unos dos kilómetros, todos los campos de «regadío» —huertos, sotos, cercados— donde se producían frutas que tienen fama no sólo en la región sino en toda España. Su abundancia nos permitía, de chicos, hacer batallas campales con manzanas y peras, de las que caían de los árboles, malbaratando millares de ellas sin que los campesinos se sintieran perjudicados. A veces, para evitar que se pudrieran, las recogían después y las daban a comer a los cerdos.

En la rompiente, que venía a ser como una cortina de roca arenisca, hacían sus nidos las águilas y los esparveres. Sus gañidos llegaban al atardecer al balcón de mi cuarto repetidos por el eco que les daba una extraña profundidad. En ese eco sentía yo la inmensidad de la noche que se acercaba. Cuando era niño (lo recordaba con emoción) en mis soledades hablaba con las «ripas», con los esparveres y con aquellas oquedades negras en donde localizaba todo lo irreal de mi infancia.

En aquella ocasión había tenido que permanecer encerrado en casa más de un mes, porque me había roto el brazo y con objeto de facilitar la sutura del hueso tuve que guardar cama. Hacía poco que había vuelto al pueblo después de una escapada que me llevó a Zaragoza, a Madrid y a otras hermosas ciudades dispuesto a probar la fuerza de mis alas. Tenía quince años cuando me fui y dieciséis cuando regresé. No volví al pueblo por amor a mi casa campesina, sino reclamado por mi familia y conducido por la policía del rey. Una vez en mi aldea había que tratar de convertir el destierro en un placer y como lo que más me interesaba era mi abuelo (a mi padre le había considerado siempre un enemigo, en ese sentimiento me correspondía él, en los dos era completamente inconsciente y estaba entreverado

de luchas feroces y de armisticios gustosos) me acerqué al abuelo y vivía con él como si no existiera nadie más. También él tenía su habitación en el segundo piso, dando el balcón a la parte trasera, cara a las ripas. Mi abuelo sentía por mí un gran cariño (todos decían que me parecía mucho a él) y yo le correspondía con ese sencillo respeto que los viejos estiman tanto y que a través del recuerdo no ha hecho sino crecer en mi vida.

Yo quería ir al huerto con él, regar, podar las vides en el monte (llamaban «monte» a toda la tierra que no tenía riego regular). Me pasaba los días, antes de romperme el brazo, ayudándole en el campo en faenas ligeras que atendía él personalmente y en recompensa me iba encomendando trabajos que poco a poco iba haciendo yo solo.

Un día, poco después de mi regreso, me dijo:

—¿Te has encontrado en la calle o en el camino de los huertos a Ana Launer?

—No, ¿por qué?

—Si la encuentras —me advirtió con misterio— dale la razón en todo. Dile a todo que sí.

—¿Está loca?

Mi abuelo no se atrevía a juzgar.

—En el pueblo dicen que es bruja. Yo no creo en esas tonterías, pero... —se encogió de hombros—. Ve tú a saber.

—¿Cree usted que puede hacer daño?

—Nuestro vecino Antón —explicó mi abuelo con un aire intrigado— se quiso burlar de Ana Launer un día, y poco después se le murieron dos vacas.

—Una casualidad —dije yo.

Mi abuelo se encogió de hombros otra vez.

—Ya te digo que no creo en eso, pero más vale decir amén a todo. No hay necesidad de provocar a la casualidad. Es bueno que duerma.

Después de un silencio, añadió:

—Ana Launer habla con todos, va y viene. Aparece por la noche en el campo a los jornaleros y a los propietarios y les dice las cosas más raras. Uno de sus caprichos —dijo tan regocijado que la risa le impedía seguir hablando— es bailar por la noche en el campo con las personas más serias.

Yo solté a reír.

—Sí; ríe todo lo que quieras, pero si la encuentras no le llesves la contraria.

Yo, que había leído en Madrid algo sobre histerismo y sexualidad (las cosas de Freud, que estaban de moda), trataba de identificarla y preguntaba a mi abuelo incansablemente.

—No sé qué clase de persona es —me contestaba—. Siempre se ríe. Se burla de sí misma. Por la noche dicen que la oyen reír al lado de las chimeneas. Yo creo que son los gatos en celo. El viejo de casa de Gonzalvo ha echado un bolero la otra noche con ella al lado del río.

Otra vez solté la carcajada. Mi abuelo se puso muy serio. Se veía que lo grotesco de aquel bolero a la orilla del río lo escalofriaba.

—Si la encuentras —insistió— obedécele. No cuesta ningún trabajo. Ella debe saber que tú has vuelto al pueblo y te tendrá entre ojos.

Yo encontré días después a Ana Launer en la calle. Iba vestida de negro. Aparentaba cincuenta años. No me dijo nada, pero me miró con tanta impertinencia que tuve que sonreír y saludarla con un gesto de cabeza. Luego la oí decir a mis espaldas:

—Garcés rematado. En un año le ha salido la hombría. Tiene las mismas hechuras de su abuelo y de su padre.

Pasaron dos semanas sin ver a Ana Launer y la olvidé.

Una noche había que regar el soto. Nos daban el agua a las once y como una hora de riego costaba mucho dinero había que estar allí con toda exactitud para no desperdiciarla. El Sindicato de Riegos tenía bien organizado aquello

y los afiliados regaban sus tierras por turno religiosamente. Propuse a mi abuelo ir yo. Le pareció bien y a las diez y media salía para el soto, que estaba hacia el río. Llevaba conmigo una azada y había puesto en mi cinto un puñal, porque en las noches de riego había a veces incidentes por cinco minutos más o menos de agua. Mi abuelo tanteó mis ropas, sacó el puñal, se lo guardó y me dijo:

—El hombre que necesita emplear esto, ya no es hombre.

Luego me indicó que todo se evitaría yendo a ver al guarda que vigilaba las compuertas (cerradas con candado y llave) y poniendo mi reloj con el suyo. Así no habría malentendidos.

Salí para el soto. El pueblo dormía. Del tejado de la iglesia caían rítmicamente los silbidos de una lechuza. Pasé por el lado del molino viejo, salí al camino de los huertos y pocos minutos después estaba en el soto. El brazal por donde habría de venir el agua cuando abrieran la compuerta medio kilómetro más arriba, estaba en la linde del campo cuyos cuadros de lozanas legumbres se dibujaban bajo la luna. Al otro lado del brazal se alzaba un viejo muro en ruinas, pero entre el muro y el brazal —que estaba seco esperando el agua— había un espacio de un metro, bastante para sentarme y fumar un cigarrillo.

El silencio era menos profundo ahora, porque la lechuza de la iglesia se había callado. Lejos intentaba a veces croar una rana, pero no se decidía. Yo comenzaba a sentirme impresionado y me puse a cantar. Pero me callé en seguida, porque al fondo del campo apareció una forma blanca que avanzaba entre los cuadros de mis legumbres, con movimientos mecánicos y rígidos. Era una mujer. Su falda, su chambra y sus medias eran blancas. Bajo la luna, toda aquella blancura tenía destellos azules. Venía de puntillas y por eso parecía que iba sobre ruedas. Al mismo tiempo tuve la sospecha de Ana Launer y la certidumbre. Llevaba los codos pegados al talle y las manos en alto y se balanceaba

estúpidamente a un lado y otro. Vestida de blanco parecía mucho más grande, más alta, más joven. Mucho antes de llegar a mí había levantado los codos también, y con las manos abiertas, moviendo los dedos a la altura de sus hombros, hacía grotescos movimientos. Su rostro tenía una gravedad casi religiosa. Aquello era idiota, pero había tal seguridad en los movimientos, tal despreocupación de sí misma, que comenzaba a ser alucinante. Se detuvo delante de mí. Yo me levanté y traté de sonreír. Ella me miraba fijamente:

—Garcés rematado —repitió.

—El que a los suyos parece, honra merece —dije recordando el proverbio.

Ana Launer parecía no haber oído:

—¿Quieres echar un baile conmigo? —me preguntó.

—¿Yo? —dudaba—. Sin música no se puede bailar.

Me volvió la espalda y comenzó a marcharse como había venido, con los mismos gestos, la misma despreocupación de mí y de sí misma, como una muñeca mecánica. El borde de su falda rozaba las hojas de las lechugas y las hacía crujir. Ya lejos se volvió y gritó:

—Herederero de Garcés, antes de las doce, bailarás sin música.

La lógica se rompe y nos reímos o nos indignamos. En aquella ocasión yo me reía. Pero cuando el orden natural se invierte del todo no basta con la risa ni la indignación.

Llegaba el agua. De espaldas al muro, abrí los conductos para hacerla entrar en mis campos. La tierra la recibía con voluptuosidad formando burbujas y bebiéndola con un ligero rumor bajo las anchas hojas de las calabazas y los melones. Conteniendo la respiración se oía a las plantas suspirar de gozo. Me senté. Estuve esperando una hora justa. No podía apartar de mi imaginación a Ana Launer, pero mis propias preocupaciones me indignaban. «La bruja sabe su oficio —me decía—. Consigue turbar a la gente con su saya blanca y sus bailecitos». Cinco minutos antes de la me-

dia noche me dispuse a cerrar el brazal, esperando oír la señal de la trompeta del guarda. Cuando la oí, cerré y volví a sentarme al pie del muro. «Es ya medianoche —me dije— y la bruja no reaparece ni yo tengo las menores ganas de bailar. También las brujas se equivocan».

Sobre mi cabeza oí un largo suspiro. Era un suspiro humano, pero mucho más fuerte. Un aire caliente envolvió mi cabeza. Sentí en la nuca ese hormigueo frío del terror. Miré hacia arriba y no vi nada. A mi espalda estaba el muro. A los dos lados tampoco había nadie. Y sin embargo, yo tenía la evidencia de que detrás de mí había alguien. La noche adquirió una gran pesadez. Me costaba trabajo moverme. Con esfuerzo me volví y encontré en la sombra del muro — la luna se apoyaba justamente sobre él— una cabeza de mulo, negra, de grandes ojos inmóviles. Sus narices estaban separadas de las mías por un pequeño espacio. Aquella cabeza asomaba por una ancha grieta del muro con cierta simple obstinación y me miraba con una serenidad total desmentida apenas por las orejas que estaban casi juntas y echadas atrás, con el gesto de los animales que «sienten sus propios nervios». Otra vez lo grotesco.

La casualidad estaba despertando, por lo visto. Fui a dar la vuelta al muro, para salir del campo. Traté de cantar a media voz. Al otro lado encontré al mulo que me contemplaba con la misma rara curiosidad. (La luna, que se había descolgado del muro en ruinas, aparecía en el fondo de un charco). Sería un animal abandonado. Quizá había salido de la cuadra porque se olvidaron de atarlo o de cerrar las puertas. Le di una palmada cariñosa en el cuello. El animal volvió a envolverse con su aliento cálido, pero sus ojos me miraban sin parpadear. Yo recobré mi aplomo y me dije que si montaba en el mulo, al sentirme encima el animal marcharía dócilmente a su casa. Lo aproximé al paredón y poniendo el pie en un saliente monté sobre él. Como esperaba, echó a andar inmediatamente con un rumbo cierto. Yo

estaba ya tranquilo. Pensaba llamar a la puerta ante la cual se detuviera y devolverlo a su dueño.

Pero el mulo comenzó a trotar y dando la vuelta alrededor de la iglesia salió de nuevo al camino viejo y dejó el pueblo a nuestra espalda. Campo adelante, yo no podía contenerlo. Cada vez iba haciendo el trote más largo y vivo hasta el galope tendido. El mulo enderezaba sus pasos hacia el cementerio, pero no por la puerta principal, que daba al camino, sino por la parte trasera donde el muro estaba derruido en parte. Para eso cruzó al galope dos o tres sembrados. Cuando ya estaba delante del muro y se disponía a saltar adentro, yo me dejé caer. Mi brazo derecho dio en el ángulo de una piedra y se fracturó. Sin mirar atrás, eché a andar hacia el camino y volví a casa sosteniendo mi brazo como pude. Creí ver una sombra blanca, a veces, pero con el dolor de mi fractura se había desvanecido el miedo a lo irreal.

Cuando volví a casa y conté lo sucedido al abuelo, éste movía la cabeza y decía:

—¿Por qué no bailaste? Hay que hacer las cosas sin sentido que nos piden, porque si no, despertamos la casualidad y cuando la casualidad se despierta es para hacer daño al hombre.

Aquella tarde, ante las ripas, en mi cuarto grande y desmantelado como un desván, con viejos cuadros religiosos cuyos lienzos casi negros se desprendían del marco, recordaba ese incidente que me había obligado a un mes de reclusión y abría y cerraba con violencia mi mano derecha (era un ejercicio que me había recomendado el médico), alegre porque no notaba la menor molestia. Tampoco mi brazo había quedado más corto que el otro. Todo iba bien y la promesa de ir al día siguiente de caza con mi padre (estábamos en un período de armisticio, gracias al accidente del brazo) me ilusionaba.

Miraba las ripas con codicia. De niño había tratado de descifrar sus misterios, escalando lugares casi inaccesibles y

me había asomado a veces a los nidos de las águilas. Esto tenía por objeto obtener perdices y conejos de los que cazaban las águilas y llevaban allí para dar de comer a sus crías. Con ellos, luego (anunciándolos como premio), organizábamos carreras pedestres en las que corrían todos los chicos del pueblo, desde los de las casas ricas hasta los más pobres. Mis amigos y yo (teníamos no más de nueve años) nos dábamos una importancia enorme actuando como jurado. Aquello de que las águilas fueran a cazar para mí, hacía que mi padre no me riñera demasiado cuando volvía con el traje destrozado y erosiones en las piernas y los brazos.

Mi padre era hombre frío y de pocas palabras. No recuerdo haberle besado sino dos o tres veces en mi vida, con la rigidez protocolaria con que el soldado saluda al jefe. De tarde en tarde me llevaba, como un amigo, a cazar. En la cacería que se preparaba para el día siguiente iba a ser «consagrado» como adulto, como verdadero cazador. Mi padre me había llevado al desván donde había tres escopetas. La suya la tenía desarmada y doblada en un lindo estuche de cuero. Delante de ellas me dijo, con cierta solemnidad, que las tres eran de «fuego central», con «doble cerrojo», apto incluso para «pólvora blanca», y que eligiera una. Cuando la hube elegido me dijo que al día siguiente debía estar limpia y engrasada y que bajara a verle cargar cartuchos para aprender.

Igual que en mi infancia, deduje por la clase de los cartuchos el lugar a donde íbamos. Si cargaba mostacilla y perdigón «del 6» íbamos a la ribera, junto al río, donde cazábamos becardas y otras aves pescadoras. La excursión era fácil, nada fatigante. Cuadros de hortelanía, arroyos, cañaverales. Si por el contrario cargaba posta lobera, bala y perdigón «del 5», íbamos al saso, en lo alto de las ripas, donde había zorros, liebres y no eran raro, en invierno, encontrar lobos. El saso era un inmenso desierto gris que comenzaba justamente en las ripas, en la cima donde habían puesto la

cruz. El hecho de que la cruz presidiera su entrada le daba un aspecto más desolado aún. Ir al saso era siempre una aventura.

En aquel desierto gris oscuro raramente se encontraban cultivos de cebada o de trigo raquíuticos. El verde plumizo de la maleza (matas ralas) estaba cubierto de polvo una parte del día y de escarcha la otra. Así tomaba las tonalidades más raras. El viento que venía de Cataluña o de los Pirineos la helaba o la abrasaba a menudo. El saso se perdía en el horizonte sin dejar sospechar su fin. Decían que no terminaba en nuestra provincia, sino que ligaba con otra. Terminar «en otra provincia» era como si terminara en otro planeta. La llanura ofrecía ondulaciones grises de vez en cuando. No había sino caminos pedregosos de cabras. Cada tres o cuatro horas de camino se podía encontrar quizás una choza de piedra circundada por un espacioso corral: una paridera. Se las llama así porque los pastores solían llevar allí a las ovejas o cabras en trance de parir. En alguna de esas parideras había vivienda, pero estaban siempre deshabitadas. Los propietarios eran casi tan miserables como los pastores, pero el cuarto y la cama de las parideras no lo ocupaban nunca éstos, que dormían en la cuadra, sobre la paja.

Para subir a las ripas había que hacer media hora de ejercicio violento. Un sendero tortuoso, entre altas y peladas rocas. A mí me gustaba comprobar desde arriba que la cruz era mucho más grande de lo que parecía desde la plaza del pueblo, y que entre sus brazos había lindos herrajes que desde la aldea no se veían.

En el saso nunca pasaba nada. Mi abuelo contaba la única historia que tenía aquel desierto. En la primera guerra carlista hubo varios encuentros entre cristinos —tropas de la reina Cristina— y facciosos. Después de la batalla, por la noche, las mujeres de la aldea —madres, esposas, de tiernos sentimientos familiares— subían al saso en larga procesión silenciosa, para despojar a los muertos de sus ropas.

Mientras los desnudaban, rezaban a coro por sus almas. La más vieja llevaba la dirección de las oraciones. Volvían con el botín a sus casas, y entre los campesinos aparecían pantalones o chaquetas militares, reformados torpemente por las abuelas que los recosían en las veladas al lado del fuego. Del saso solían sacar los hombres la leña para el invierno. Los muertos, cuando los había, les ofrecían también sus ropas, para ir resistiendo las crudezas del clima. La leña la traían los hombres. Las ropas, las mujeres. Todo lo que sabían los aldeanos de los problemas de la sucesión del trono era que los muertos cristinos iban mejor vestidos y eran más aprovechables que los carlistas.

Yo recordaba que un día, yendo con mi padre por el saso encontramos a flor de tierra, asomando entre dos arbustos raquíticos, un cráneo humano. Mi padre lo acabó de cubrir de tierra, nos quitamos el sombrero y rezamos un «padrenuestro».

## Capítulo II

### *LA CACERÍA. DON RICARDO. EL MONSTRUO*

No íbamos mi padre y yo solos. Con nosotros venían cinco cazadores más, entre ellos el primer contribuyente —el propietario más rico— del pueblo: don Ricardo. Como vivíamos en el sitio más próximo al camino de Santa Cruz se habían citado todos en nuestra casa. Mi padre estaba un poco taciturno. Le debía resultar insufrible que entrara en nuestra casa el viejo Morel, otro de los invitados. Eran enemigos —ahora pienso que debía ser cuestión de faldas—, pero como ninguno quería declinar el honor de una invitación de don Ricardo, estaban resueltos a pasar una jornada juntos. A mí me coaccionaba don Ricardo, cuya barbita teñida me producía una impresión un poco cómica. Mi padre sentía por él un gran respeto. Tenía parientes ministros y sus once hijos estudiaban carreras de lujo en la capital. La impresión cómica se debía al hecho de que don Ricardo era el único hombre de la aldea que me trataba con ternuras delicadas, como si siguiera siendo un niño. Los demás amigos de mi padre me ponían la mano en el hombro, comprobaban su solidez y decían:

—¿Qué cuenta el cadillo?

Cadillo es el nombre que los campesinos dan a los perros de caza cuando son demasiado jóvenes y tienen un aire desproporcionado, ágil y torpe a un tiempo. Al lado de esta cordial brutalidad, don Ricardo me resultaba empalagoso. Pero en aquella delicadeza de sus manos había una superstición de poder. Sabía hablar a los obispos y a los ge-

nerales con un natural desembarazo. Era el más rico y no se relacionaba con los tres propietarios que le seguían en importancia. Ninguno de esos cuatro señores se trataban entre sí, porque la idea de sentirse recíprocamente disminuidos les resultaba intolerable. Trataban con las gentes en las que sabían que podían hallar una sumisión segura, que eran todos los vecinos de la aldea, pero en sus relaciones con los aldeanos cada uno de los cuatro tenía sus caminos diferentes y cuidaban mucho de no meterse uno en el radio de acción de otro.

Tenían sus criados que «afirmaban» (se contrataban) en San Miguel, cada año. Trataban de infiltrarles a ellos los odios de familia contra los otros propietarios, pero los criados no se dejaban influir y transmitían esa influencia a los perros de «cabaña». Una cabaña era el conjunto del ganado de cada uno. Esos perros eran más grandes que leones y quizá tan feroces. La saña envenenada de los mastines de don Ricardo contra los de don Manuel y viceversa, era como la expresión de los odios de las dos familias. Para hacer más feroces a los animales los alimentaban con carne cruda y evitaban darles huesos de ave porque les embotaban o quebraban los colmillos.

Viendo a mi padre cargar los últimos cartuchos, mi hermanito le hacía preguntas en relación con la cacería.

—¿Es verdaderamente caza mayor? —le preguntaba, queriendo darle a la aventura el mayor relieve.

Mi padre tardaba en contestar. Pero al fin, dijo:

—¡Qué cosas tienes!

Algunos habían visto la pieza que íbamos a cazar. Yo recordaba, de cuanto había oído decir, estos detalles: «las uñas largas como un tigre y el hocico y la cabeza cubiertos de pelo». Pero algo obsesionaba a mi hermano pequeño:

—¿No le atacó al mayordomo de don Ricardo?

Mi padre contestaba distraído. Llenó el último cartucho y dijo: